

TRADUCIR A FIALHO DE ALMEIDA
EN EL CONTEXTO DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

Antonio Sáez Delgado
(CEL · Universidade de Évora)

1. Cuando en 2005 la pequeña editorial española Periférica decidió comenzar su hoy prestigioso catálogo literario con la publicación de la novela corta *La pelirroja* (*A Ruiva*) de Fialho de Almeida, lo primero que pensé fue que traducir ese libro significaba presentar al lector español una obra completamente desconocida de un autor prácticamente desconocido en el medio literario hispanohablante. El título, en efecto, permanecía inédito en el universo de la lengua española, y el hecho de que una nueva editorial lo incluyese entre sus primeras entregas era una notable declaración de intenciones desde el punto de vista del rigor estético e intelectual. Publicar ese libro era, sin duda, un reto importante, emprendido desde Cáceres, en la periferia del mercado editorial español. Ese fue, creo recordar, mi primer pensamiento al comenzar con su traducción: un autor periférico en una editorial Periférica. Nada por entonces podría haberme hecho imaginar que el libro, un año después, tuviese una excelente acogida crítica y una más que aceptable presencia en el mercado, ni que fuese galardonado en 2008 con el Premio Giovanni Pontiero de Traducción, concedido por el Instituto Camões y la Facultad de Traducción de la Universidad Autónoma de Barcelona.

2. Cualquier traductor literario sabe perfectamente que la responsabilidad de su trabajo no es solo la de *dar voz* en su propio idioma al escritor que traduce, haciéndolo con sus mejores cualidades. Sabe también, o debe saber, que de su trabajo dependerá la recepción que la obra traducida tenga en el sistema literario de destino, tanto en el campo de la crítica como entre los lectores. Esta recepción, además, acaba por ser uno de los factores determinantes en la construcción del canon literario de los autores extranjeros en el contexto de un sistema literario nacional o, si queremos verlo de una forma más activa, en la construcción de un polisistema literario determinado en el que libros de autores autóctonos y libros de autores traducidos conviven y cohabitan en el mismo escenario, dialogando y colaborando en la edificación de ese canon, producto de una época determinada, ya referido.

Traducir *La pelirroja*, desde esta perspectiva, significaba ofrecer al lector español de principios del siglo XXI la oportunidad de conocer a un autor cuya última traducción en castellano databa de 1923. Un autor, por tanto, marcado por una profunda huella *de época*, tanto en sus propios rasgos de escritura como en las

características estilísticas de las (pocas) traducciones existentes, pero que contenía las cualidades necesarias para transformarse en un *clásico moderno*. Se trataba, por tanto, de traducir a Fialho de Almeida siendo totalmente fiel a los rasgos estilísticos de su naturalismo decadente, por supuesto, pero intentando al mismo tiempo retirarle el exceso de *barniz de época* con el que los primeros traductores del escritor habían adornado sus versiones. Algo así como intentar acercar *La pelirroja* a un lector contemporáneo a través de una traducción que, me parecía evidente, debía apostar por la concisión y la claridad. En cierto modo, por una sobriedad estilística que caminase hacia la posibilidad de una lectura más neutra, no condicionada directamente por la época en que aparece el libro (por primera vez en 1878) ni por los excesos tan habituales (y comprensibles, por otro lado, teniendo en cuenta el gusto de los lectores de la época) cometidos por los primeros traductores españoles del portugués, en la segunda y tercera décadas del siglo XX.

3. Solo parecen existir, que sepamos hasta el momento, tres traducciones de libros de Fialho de Almeida en España, durante todo el siglo XX, anteriores a *La pelirroja*. Mientras las traducciones de Eça de Queirós circulaban con plena normalidad por las librerías españolas, de la mano de mediadores como Ramón María del Valle-Inclán, o mientras la poesía portuguesa contaba con tres representantes (Guerra Junqueiro, Eugénio de Castro y Teixeira de Pascoaes) asentados en los catálogos de editoriales prestigiosas del momento (como Cervantes, Castilla, Calpe o Atlante) y con mediadores de la talla de Miguel de Unamuno, la presencia de Fialho de Almeida se reduce a tres títulos publicados entre la segunda y la tercera décadas del XX. Tres títulos que, sin embargo, contaron con traductores significativos y experimentados, representantes de tendencias literarias diversas dentro del panorama de la literatura española de la época.

Porque, efectivamente, los tres mediadores con los que contó Fialho en su periplo editorial español eran, especialmente dos de ellos, nombres bien conocidos del medio literario, escritores y colaboradores de prensa. El primero de ellos es el poeta modernista Francisco Villaespesa, encendido admirador de Rubén Darío y de Eugénio de Castro, en cuya propia obra poética (pienso en pasajes de *Viaje sentimental*, de 1909, o en *Saudades*, de 1910) está bien patente la huella de su lusofilia. Villaespesa traduce *El país de las uvas*¹, un volumen sin fechar pero que, muy probablemente, fuese publicado en la segunda década del siglo, cuando su trabajo de traductor de nombres como Eça de Queirós, Eugénio de Castro o Júlio Dantas era más frecuente.

¹ Fialho de Almeida, *El país de las uvas* (trad. Francisco Villaespesa), Madrid, Imprenta M. García y Galo Sáez, s.a.

Pocos años después, en 1920, veía la luz en la colección Biblioteca Nueva *La ciudad del vicio*² en traducción de otro experimentado lusitanista, Andrés González-Blanco, también poeta, novelista de corte realista y crítico literario (que ambientó en Portugal dos novelas breves: *El fado del Paço d'Arcos*, de 1922; y *Españolitas de Lisboa*, de 1923), que también tradujo a Antero de Quental o, muy especialmente, a su admirado Eça de Queirós. *La ciudad del vicio*, además, posee la particularidad de contar con un prólogo de casi dos decenas de páginas firmadas por González-Blanco en el café Martinho en enero de 1920, y que se constituyen en uno de los textos más interesantes dedicados a Fialho por los escritores españoles de su tiempo.

La tercera y última traducción aparece tres años más tarde, en 1923, y corresponde a un volumen que reúne doce relatos bajo el título de *El funámbulo de mármol y otros cuentos*³, con traducción de Pedro Blanco Suárez, que también tradujo a Camilo Castelo Branco, Júlio Diniz o Eça de Queirós, pero cuyo papel como mediador y actor en el polisistema literario referido es, sin duda, secundario en relación con el desempeñado por Villaespesa y González-Blanco.

4. En 1996 la editorial Laivento de Santiago de Compostela publicó, en su original portugués, *Cadernos de Viagem. Galiza 1905*, con edición y notas de Lourdes Carita. Y desde entonces, la aparición de *La pelirroja* ha supuesto la única oportunidad para leer (para *volver a leer*) a Fialho de Almeida en castellano. Los procesos de mediación literaria son con frecuencia complicados, y el alcance de sus propuestas casi siempre una incógnita. Fialho contó, especialmente, con dos importantes mediadores a principios del siglo XX, dos hombres conocidos en España y conocedores del medio literario portugués, y gracias a ellos pudo publicar tres de sus obras. Probablemente, si analizamos con rigor este hecho teniendo en cuenta el contexto de la época, podremos concluir que habría sido complicado que su obra alcanzase una difusión mayor en el país de Cervantes. Por eso, al empezar el siglo XXI, creí (creímos) que sería posible realizar una lectura más neutra del autor, fuera ya de los condicionantes de su tiempo. Ese fue el reto y ese fue el trabajo emprendido al traducir *La pelirroja*, que pretende ser también, humildemente, un homenaje a Fialho y a la literatura de su tiempo. Ojalá algún lector pueda descubrir a través de sus páginas a este autor *nuevo* que nos habla con pasión de las cosas de siempre.

² Fialho de Almeida, *La ciudad del vicio* (trad. Andrés González-Blanco), Madrid, Biblioteca Nueva, s.a. (1920).

³ Fialho de Almeida, *El funámbulo de mármol* (trad. Pedro Blanco Suárez), Madrid, Calpe, 1923.